

# Día redondo

Brat Neko92

La vibración en la almohada hace que vaya saliendo poco a poco de mi ensoñación, apago rápidamente la alarma para no despertarte y me desperezco en el más absoluto de los silencios. Apenas son las 5 de la mañana pero debo darme prisa si no quiero que llegues tarde al trabajo. Escapo de mi manta como buenamente puedo evitando tocar alguna parte de tu cuerpo y salgo del cuarto cerrando con cuidado. Me las apañó para hacer tu café y un par de tostadas, rallo el tomate y preparo la mesa para uno. Aprovecho para asearme y utilizar mi caja de forma casi mecánica mientras mi atención se centra en el burbujeante sonido de la cafetera, cuando este empieza apenas tengo unos segundos para retirarlo del fuego y evitar que se desborde; por suerte hoy no he quemado nada. Cuando la mesa está milimétricamente servida procuro tapar todo para mantenerlo caliente y me relamo mientras vuelvo a tu cuarto.

Sigues plácidamente dormida con cara de no querer enfrentarte al frío que se concentra al otro lado del edredón. Gateo de forma sigilosa mientras me recreo observando tus facciones, me arrodillo con cuidado de no poner demasiado peso en el colchón y me acerco a tu oído.

—Ama... Ya es la hora de levantarse.

Con un gruñido me das la espalda y abrazas una de tus trescientas almohadas; aunque cada mañana sea todo un reto despertarte, creo que nunca me cansaré de contemplar estos instantes. Reviso el reloj de tu mesilla, sé que no tienes necesidad de utilizarlo pero lo dejas como una ayuda para que realice mis obligaciones matinales. Aún hay tiempo así que me dirijo rápidamente a los pies de la cama. Mi manta vuela y descubijo de forma delicada y pausada tus pies, mis ojos recorren tu cuerpo esperando alguna reacción... pero por suerte o por desgracia aún no te he despertado.

Mis pupilas se dilatan mientras intento contener la euforia, tengo tus pies a mi completa disposición. Un ronroneo comienza a nacer en lo más profundo de mi garganta y no puedo evitar frotarme contra ellos. Sé que no debo, sé que hay reglas pero eres tan jodidamente tentadora que no puedo evitarlo. Mi lengua se escapa acariciando la parte externa de tu tobillo y juego con ese valle que se crea donde el peroné termina. Mis uñas acarician el peine del otro pie y me quedo atrapada en el ligero contoneo que hacen tus dedos. Ni siquiera soy consciente de que te has despertado antes de lanzarme y atrapar suavemente tu hallux entre mis dientes... El contoneo se detiene y mi atención vuela por lo que se esconde entre las sábanas. Acaricio por última vez tu pie con mi mejilla y me dedico a subir por tu tibia mientras te destapo, si me parase a pensar probablemente entraría en pánico pero soy presa de mis instintos más básicos.

Recorro con la mirada cada centímetro de tu piel atrapada por ese dibujo vaporoso que se crea al unir tus poros, me recreo en tus piernas observándolas como si mutaran de un Tanning a un Sirani en cuestión de segundos... El tenue sonido del segundero me despierta del

ensoñamiento y mi mejilla acaricia el interior del muslo casi como una despedida forzada. Reviso por última vez tu respiración y todo parece correcto, pero tampoco espero más de tres segundos. Retiro con la zarpa un poco más de la tela que te cobija y tu olor me obnubila, un pequeño jadeo se escapa de mi boca y es rápidamente sustituido por mi característico ronroneo. Mi nariz se acerca a tu pubis de forma lenta, disfrutando de cada inhalación según me voy acercando y me detengo unos segundos a milímetros de rozarnos. Mi nariz acaricia la curva que hay entre tu pubis y tu clítoris, dibujando una línea invisible hasta tu bajo vientre. Mis labios están demasiado cerca de ti llegadas a este punto, pero mi necesidad innata por frotarte me puede. Mi mejilla se funde en tu sexo, girando la cabeza con cada caricia y ronroneando mientras mi movimiento se vuelve más violento. Tiras de mi pelo de forma abrupta y un escalofrío me recorre mientras me retuerzo bajo tu mano; sé que no debería haberlo hecho pero una sonrisa se escapa de mis labios.

—Gata mala, muuuy... mala...— Tu voz ronca es el más delicioso de los ronroneos.

Me taladras con la mirada sin soltarme en ningún momento y yo solo puedo soltar un leve quejido. Había olvidado que el objetivo era despertarte a tiempo y según llegan esos pensamientos me paralizó por el miedo. Te siento revisar el reloj y al parecer no la he cagado tanto porque aflojas levemente tu mano. Mi espalda sigue arqueada por tu primer tirón y si algo he aprendido es a no confiarme cuando sueltas. Sigo paralizada con una pierna a cada lado. Me escudriñas mientras te enderezas y vuelvo a temblar cuando levantas una ceja. Siento de nuevo tus dedos enredarse con fuerza en mi pelo y con torpeza me acerco. Hay apenas unos centímetros entre nuestros rostros y no puedo evitar cerrar los ojos, en cualquier otro momento te hubiera retado pero no después de haberme excedido en mis obligaciones. Un suave mordisco en mi mejilla me hace entender que no estás tan enfadada como podrías, me siento aliviada pero me tensó de nuevo al sentir cómo controlas mi cabeza.

—Buenos días...— Tu voz parece tranquila y mis pupilas se dilatan de alegría.

—Buenos días, Ama, ya tiene el desayuno hecho tal y como le gusta.— Si hubiera tenido la cola puesta probablemente se contonease de gusto.

—Perfecto.

Me echas a un lado sin muchos miramientos y te levantas directa a la ducha, sé que tengo prohibido mirar como castigo así que gateo deprisa hasta el pasillo para intentar deleitarme cuando te vistas. Solo unos minutos y vuelves al cuarto eligiendo tu ropa sin prestarle mucha atención. Apenas asomo media cabeza por el marco de la puerta, sé que me arriesgo mucho porque puedes verme reflejada en el espejo pero creo que es tu forma de seguirme el juego. Te vistas poniendo especial atención en acariciar tu cuerpo con cada prenda, cual arpista en medio de un concierto me deleito con tus movimientos. Siento mis latidos golpear con fuerza mis oídos y mi enajenación es tan profunda que solo cuando estás a unos pasos de salir me doy cuenta de que vas a pillarme.

Con el miedo plasmado en el rostro me giro y patino sobre mis rodillas intentando llegar antes que tú al comedor. Sé que he hecho mucho ruido y que incluso has podido verme correr por el pasillo, pero mi necesidad de esperarte en mi sitio no me permite pararme a pensar. Jadeo de

forma exagerada intentando recuperar el aliento y solo me contengo cuando te veo atravesar el cerco. Me ignoras destapando el desayuno y comprobando que esté perfecto antes de sentarte. Sé que si algo no hubiera estado bien me hubiera faltado casa para correr, pero por suerte hoy lo he clavado. Me acerco a tus pies y froto mi costado contra tus piernas mientras ronroneo, presionas tu espinilla contra mí alejándome un poquito y me siento feliz al obtener tu atención y comprobar que no vas muy en serio. Repetimos ese juego en silencio mientras terminas tu desayuno y cuando retiras la silla sé que es mi turno.

Apenas tengo unos minutos antes de que salgas por la puerta así que gateo hasta la cocina todo lo rápido que puedo mientras terminas de ponerte el abrigo y tomar tus complementos. El sonido de mi comedero arrastrándose por el suelo parece llamar tu atención y asomas la cabeza por la cocina, pareces sorprendida y maúllo dolida. Una media sonrisa se escapa de tus labios mientras me pones la comida y me das permiso para empezar. Me lanzo de lleno y siento tu mano acariciar mi nuca mientras me diriges unas palabras de despedida:

—Esta tarde toca baño.

Apenas soy consciente de lo que has dicho antes de oír la puerta de la calle cerrarse, me relamo levantando el hocico del cuenco mientras medito tus palabras...

«¿Baño? ¿Yo?»

Un escalofrío de terror me recorre y procuro limpiar lo más rápido posible. Cuando la casa está perfecta vuelvo a mi posición y recorro cada rincón intentando encontrar el mejor sitio para esconderme. Me refugio en el fondo de un armario y me quedo dormida sobre algunas mantas, probablemente pierdas las ganas de lavarme antes de que consigas encontrarme... o eso quiero pensar.

—Dor-mi-lo-na...

Tu voz risueña parece sacarme poco a poco de mi letargo, siento tu caricia en mi mejilla y no puedo evitar seguir la mano con un ligero ronroneo mientras alzo el rostro; no necesito mirarte, parece que todo mi cuerpo reacciona ante ti.

Una tenue brisa acaricia mis pestañas y no puedo evitar fruncir el ceño con una expresión incómoda, puedo oír tu risa de lejos aunque sigo sumida en un letargo somnoliento; de nuevo esa caricia me transporta a los cielos, esta vez baja por mi cuello y me estiro todo lo posible intentando hacer ese contacto eterno.

—Despierta gatita, he tenido que servirme yo misma.

Eso parece hacerme reaccionar, abro los ojos de golpe y los enchino tratando de enfocar lo que tengo delante: estás sentada fuera del armario, sin americana y con los puños abiertos; has dejado la corbata en algún lado y tienes los tres primeros botones desabrochados. Debería sentirme molesta por ver tu camisa arrugada pero parece que no me he despertado del todo. Mi atención se detiene en tu pelo, sigue tan impecable como cuando te fuiste por la mañana, cada mechón peinado y recogido de forma cuidadosa en un moño alto, sin que se permita a una sola hebra escaparse cual miniatura de Stainthorp. Tu rostro se ve cansado pero tienes un

brillo que hace que crezca en mí un cálido sentimiento. Tus mejillas comienzan a ponerse del mismo color que tus labios y aparto la mirada rápidamente recordando tus palabras. Estás tomando vino blanco, eso significa que quieres disfrutar de la tarde... pero yo no te lo he servido. Doy una ojeada alrededor intentando comprender por que estamos en lugares tan dispares: estás rodeadas de almohadas y sentada cómodamente mientras disfrutas del vino, yo por el contrario he amanecido sobre un cálido lecho de mantas. Intento recordar por qué he acabado en esta cueva improvisada cuando el rugir de mi estómago interrumpe el hilo de pensamiento:

—¡Tengo hambre, ama!— un sonido de estupefacción se escapa de mi cuerpo, es mi voz.

Otra carcajada inunda el cuarto por haber expresado lo obvio, mi cara de confusión y sorpresa parece ser de tu agrado y eso me tranquiliza un poco. Me tiendes la mano invitándome a salir y reacciono inmediatamente escondiendo las uñas y acercándote una de mis zarpas, la aprietas con firmeza y tiras suavemente sacándome de mi pequeño bunker.

Tienes puesta esa canción que tanto te gusta y no puedo evitar mirar hacia la puerta intentando averiguar el compás por el que se desliza la melodía; llevas tu índice a mi mentón y rediriges mi rostro hacia ti suavemente. Hoy estás especialmente feliz e intento despertarme completamente cesando en mis intentos de recordar. Me diriges hacia la cama con cuidado y me sientas; creí que las caricias de esta mañana contra tu pierna iban a ser el cénit del día pero parece que de nuevo estoy equivocada. Apoyas la copa en la cama y me haces una sutil seña para que la sujete. Actúo de inmediato y apoyo una mano en la base para mantenerla fija, sin calentarla.

—¿Cómo ha ido su día, Ama?

—Bueno... hoy he llegado pronto al trabajo, hemos cerrado algunos acuerdos y por fin se ha hecho oficial mi ascenso.— Te sientas a mis pies y comienzas a retirar mis calcetines como si de un regalo de Swarovski se tratase. —Vine a casa pronto esperando encontrar a mi sumisa deseando servirme y sin embargo tuve que llamarte varias veces, sin recibir respuesta.

Tus suaves caricias comienzan a parecerme el preludio de un merecido castigo y no puedo evitar sentir como mi piel comienza a erizarse.

—He tenido que descalzarme, servirme y luego he empezado a buscarte.— La sonrisa de tu rostro se acentúa al ver como tus palabras se reflejan sobre mi piel. —Y cuando recorro cada uno de tus escondites resulta que estás en uno nuevo. No entiendo cómo puedes seguir encontrando recovecos donde guarecerte cuando el piso es tan pequeño.

Un tenue rubor me obliga a bajar la cabeza mientras el pecho me arde con un sentimiento mezclado de vergüenza y orgullo.

—Ya sabes que me encanta Ludovico así que he aprovechado para disfrutar del vino mientras te observaba un ratito, ¿hoy has vuelto a soñar que corrías por el campo?

Mis ojos se imantan a los tuyos de forma casi inmediata mientras mi rubor se acentúa y un ligero brillo de confusión y sorpresa se refleja en mis orbes negros.

—Sí, Ama... ¿Cómo lo ha sabido?— Vuelvo a escuchar tu risa, esa risa que me obliga a desviar la mirada mientras una oleada de placer retiene mi respiración de forma momentánea.

—¿Qué clase de Ama sería si no te conociera? Cuando corres tienes la costumbre de amasar con los dedos de forma rápida, como si les pusieras y quitaras tu peso.

Te atiendo embelesada mientras tiras de mis pantalones y caigo de espaldas en la cama, la copa se tambalea suavemente pero consigo mantener el preciado licor a buen recaudo. Siento tus manos recorrerme sin rumbo y no puedo evitar cerrar los ojos mientras ronroneo; no es como sentir tus manos en mi cabeza o en mi lomo pero, sinceramente, lo echaba de menos. Siento cómo te apoyas en mi rodilla para levantarte y no puedo apartar mis ojos de ti, no sé qué quieres o qué esperas que haga así que procuro mantenerme quieta. Mueves mis dedos lentamente para recuperar tu copa y bebes un trago lento sin apartar de mí tu mirada. Una gota se escapa de tus labios y me levanto como un resorte siguiendo el recorrido de la ambrosía; me permites pegarme a ti y yo espero cualquier reacción de tu parte, está a punto de mancharte la ropa.

—Limpia.

No necesito más, mi lengua atrapa esa gota traviesa que sin permiso ha osado recorrer a mi ama y realizo el camino contrario, borrando cualquier rastro que pudiera dejar. Siento como tu cuello se tensa mientras observas el techo y tu mano acaricia mi nuca, sé que no es momento para disfrutar pero siento mis piernas temblar; tu perfume me inunda y siento el cuerpo ligeramente adormecido entre tantos estímulos. Intento pasar de tu mandíbula pero no me lo pones fácil, me pongo de puntillas sin apoyarme en ti y se me escapa un quejido de frustración. Sé que estás disfrutando y que esperas que lo haga. En cualquier otro momento hubiera tenido un poquito de orgullo pero ahora mismo me resulta demasiado.

—Ama... por favor... — Mi voz lastimera es acompañada por las últimas notas del piano.

—¿Por favor, qué?— Sé que no vas a ponérmelo fácil, es algo que al fin y al cabo acordamos y que a ambas nos encanta.

—Por favor, Ama... permítame limpiarla...

Puedo ver tu media sonrisa asomarse antes de beber sin prisa un último trago. Odio estos momentos en los que me pregunto por qué tendrás tacones tan altos o por qué nuestra minúscula diferencia de altura se vuelve tan inmensurable. Bajas el mentón y un jadeo se me escapa antes de continuar con mi labor, cuando mi lengua está a punto de rozar tus labios decides atraparla con los dientes y te tomas tu tiempo para observarte en mis dilatadas pupilas. Si sigues sujetando voy a correrme, lo sabes, y me retienes hasta que casi no puedo aguantarlo.

Una vez me liberas das un paso atrás y dejas la copa en la mesilla, aprovecho ese instante para intentar controlar mis espasmos sin entender absolutamente nada.

«¿Acaso es mi cumpleaños y lo he olvidado?», tienes una sonrisa que roza lo macabro y comienzo a tener miedo.

—Me encanta cuando no sabes lo que te espera...

Me acercas a ti con fuerza y me sostienes con tu brazo, un escalofrío me recorre la espalda y algo dentro de mí me dice que huya... pero lo ha dicho tan lento y tan bajito que cuando quiero darme cuenta tengo tus dientes clavados en mi cuello.

—A-Ama...

Te separas apenas unos milímetros y repasas con la lengua cada uno de los surcos, si no fuera por tu brazo ya estaría comiendo suelo pero aun así intento sujetarme cómo puedo. Mis uñas se enganchan entre tus botones y mascullas una risa malvada.

«¿Por qué me haces esto?»

Pasas la mano por mi brazo y agarras mi muñeca apretando con el pulgar, obligándome a soltar. Me reubicas los brazos rodeando tu cuello y comienzas a quitarme la camiseta sin soltarme en ningún momento; si hubiera estado más lúcida me hubiese sorprendido por tu habilidad pero todos mis esfuerzos se enfocan en sostenerme y respirar. Cuando la última prenda cae acariciando mis piernas, me abrazas con fuerza y sueltas la peor noticia que podría haber olvidado.

—Toca baño.

Toda la fuerza que se había esfumado vuelve a una velocidad de vértigo, me revuelvo intentando zafarme por todos los medios: utilizo las patas para separarme todo lo posible de tu pecho, bufando y enseñando mis colmillos mientras te ríes sin soltarme. Eres cruel, lo sabes, y te encanta. Me llevas hasta el baño como si fuéramos dos pingüinas, abres con la pierna y una nube gigante de vapor hace que me paralice del miedo.

«¿Cuánto tiempo has tardado en preparar todo eso?»

No me das la oportunidad de pensarlo con detenimiento y nos metes dentro, con el talón cierras la puerta y es entonces cuando me sueltas. El baño está precioso lleno de velas, con una luz tenue y el agua cristalina a un palmo de desbordarse. Caigo al suelo de rodillas, agacho la cabeza y suelto un maullido quejumbroso mientras pones el seguro a la puerta, intento utilizar mi última baza mirándote con pena pero me besas en la frente. Sé que no hay nada que hacer.

—Todo va a ir bien, ya verás.

—A-ama...

—Shhh...

Siento tu calor en mi espalda, me abrazas y las yemas de tus dedos comienzan a recorrerme desde los codos hasta el final de mis uñas; estoy tan asustada que ni siquiera puedo encoger los dedos. Me levantas del suelo y mueves mis piernas guiándolas con las tuyas. No quiero, pero no tengo fuerzas para revelarme. Nos detenemos y un rayo de esperanza hace que contenga la respiración, pero simplemente cueles tu cabeza por debajo de mi brazo y me levantas en volandas. El agua acaricia mi espalda y voy sumergiéndome poco a poco, me

centro en el iris de tus ojos intentando olvidarme de la sensación húmeda que nos acompaña. Toco el fondo de la bañera y siento tus brazos resbalar hasta escaparse del agua. Apoyo la cabeza en el respaldo sin dejar de mirarte y tu sonrisa me calma.

—Lo que te resistes y lo tranquilita que estás en el agua... Acéptalo, eres una gata que adora que la bañe.

Mis mofletes se hinchan fingiendo enfado mientras mi atención se centra en el champú que tengo al otro lado, como si fuera lo más interesante del baño. Veo por el rabillo como niegas divertida ante mi soberbia y te desabotonas la camisa. El champú ha dejado de ser divertido porque me atrapas como la luz a la luciérnaga. Me sumerjo unos centímetros más hasta que la nariz está a punto de tocar el agua; si pudiera, me hubiese escondido en el agua preparada para saltarte encima. La camisa chapotea contra el suelo al caer, te has empapado para meterme en la bañera y no podría importarte menos; alcanzas una mullida esponja y la llenas de jabón, la aprietas repetidas veces humedeciéndola para conseguir el máximo de espuma posible antes de recorrerme con ella.

—¿Por qué haces esto, Ama?

—Porque quiero.

—Pero debería ser yo la que te pase esa esponja por la espalda.

—Lo único que debes hacer es lo que a mí me plazca, y ahora mismo me apetece bañarte. ¿Tienes algún problema con ello? —Te detienes un momento y me taladras con la mirada, te repaso intentando averiguar por qué sería más divertido bañar a una sucia gata que sentarte cómodamente en tu sillón mientras descargo tus pies cansados, pero suspiro masticando tus palabras: no voy a ser yo la que decida lo que más te apetece hacer cuando llegas a casa. Tu ceja se levanta esperando una respuesta y niego lentamente perdida en el agua, me siento dichosa pero al mismo tiempo siento que esa atención es demasiada. La esponja vuelve a rozar mi cuerpo con cuidado, repasando cada rincón de forma experta sin ningún tipo de connotación sexual.

«Simplemente quieres bañarme, como la niña que se divierte jugando a las peluqueras con sus muñecas», me repito ese pensamiento cual mantra intentando disfrutar del momento y convencerme de que esto no es ningún premio, que no podría llegar a conseguir lo mismo a base de méritos y, sobre todo, que es simplemente tu deseo.

Siento la esponja alejarse y me revuelvo incómoda sintiendo el remolino del desagüe entre mis dedos, abro los ojos sabiendo que ha terminado mi momento y suspiro cerrando el capítulo. Examino mis manos ligeramente arrugadas mientras baja el nivel del agua y me decido a salir en un momento; debes haber ido directa al salón esperando que me prepare para continuar de otra forma tus caprichos. Es entonces cuando no podría sorprenderme más al ver tu mano colarse entre mis garras y acariciarlas suavemente, sigo la continuación de estas con la mirada y termino encontrando una sonrisa burlona que me insta a levantarme. No entiendo nada pero me levanto lentamente sin dejar de observarte, salgo por mi propio pie y comienzas a secarme; me ignoras completamente al mismo tiempo que te ocupas de secar con mimo hasta la última gota, haciéndome extender los brazos, girarme y moverme según se te antoja.

Una vez que he cumplido los requisitos a tu juicio me colocas un níveo culotte y me llevas hasta la cocina. Me sientas donde normalmente tengo prohibido y me obligas a comer como una humana; hubiera preferido mil veces rebozarme en mi cuenco, arrodillada, pero si te has molestado en todo esto (incluyendo hacernos la cena) es porque es tu deseo; y yo no tengo fuerzas para negártelo, no después de todo esto. Una vez que hemos cenado me guías hasta el cuarto sin dejar que me arrastrase por el suelo, parece ser que no quieres que se ensucie tu lienzo en blanco o que por un día sea una gata presumida y relamida.

«¿Qué es un día comparado con poder molestarte toda la vida?», una sonrisa se escapa de mis labios y desaparece antes de que puedas interceptarla, no quiero que haya malos entendidos o que estés tentada a picarme antes que continuar con este antojo.

Abres la cama, me tumbas, me arropas y desapareces por el cerco. Puedo oírte trastear en el baño y algún que otro impropio al apagar las velas, sé que mañana me tocará hacer repaso y cerciorarme de limpiar y reponer lo que hayas quemado. Una sonrisa vuelve a escaparse de mis labios y esta vez no hago nada por ocultarla, hacía mucho tiempo que no podía estar a este lado de la cama y aunque ame dormir a tus pies también me encanta cuando puedo compartir el aire contigo bajo las sábanas. Unos minutos después vuelves al cuarto y te desnudas de forma rápida, te cueles entre las sábanas con frío y te escondes bajo las mantas. Apenas puedo apreciar tu cabellera cuando sacas la cabeza, una sonrisa ilumina tu rostro y no puedo hacer más que imitarla. Tu mano acaricia mi mejilla y ese brillo perverso en tus ojos hace que un ligero cosquilleo se inicie en mi nuca, te retuerces un instante para apagar las luces. A pesar de que esté todo en penumbras aún puedo sentir tu tacto y un sonido acuoso me confirma que te estás relamiendo ante lo que sea que te estés imaginando.

—Gírate hacia el otro lado. —Ordenas y te doy la espalda *ipso facto*.

Siento el movimiento en el colchón y cómo, sin permiso ni aviso, tus pechos se acomodan aplastándose contra mi espalda; me encojo de la impresión, aprovechas para rodear mi cintura con tu brazo y pegarte a mis nalgas. Si creía que lo del baño había sido demasiado ahora estaba a punto de morir de un infarto.

La calidez de tu piel hace que cientos de microescalofríos me recorran desde cada poro, cierro los ojos intentando aguantar ese placer casi infinito que me provoca tu tacto pero no puedo evitar un jadeo; te ríes entre dientes apretándome más contra ti, sabiendo que me tienes en la palma de tu mano y que sea lo que sea lo que decidas yo lo aceptaré.

—¿Sabes por qué me gusta tanto tu sinestesia, pequeña?

—¿Po-Por qué, Ama?

—Porque solo necesito hablarte para conseguir que te retuerzas de gusto, ni siquiera necesito tocarte o llegar a otro punto. Eres tan sensible con casi cada cosa, que es una delicia el poder molestarte y tenerte en vilo mientras te retuerces intentando aguantar el placer. He tenido un día casi perfecto así que voy a ser un poco más generosa y permitirte correrte en este momento... Buenas noches, gata.



Tu voz suena cada vez más grave, dominada por la excitación y el deseo de sentirme temblar bajo tus labios, temblores que no tardan en aparecer acompañando cada palabra; no puedo evitar arquear la espalda y apoyarme ligeramente mientras cierro los ojos envuelta en ti, si no fuera suficiente con tenerte tan cerca tengo que soportar el tono grave de tu voz recorriéndome como si fueran decenas de bocas y cientos de dedos. Al escuchar tu permiso se me escapa un pequeño gemido y muerdo con fuerza mi labio intentando esconderlo... pero es inútil, tras desearme buenas noches has mordido mi lóbulo y eso ha sido suficiente para que la ola de placer que estaba conteniendo se derrame. Un gemido gutural se escapa desde mis entrañas mientras los escalofríos se multiplican y una deliciosa presión en mi bajo vientre se libera. Llevaba semanas sin tener un orgasmo y había merecido la pena esperarlo. Tu brazo me suelta suavemente pero sin perder el contacto, tu lengua recorre apenas rozando la parte trasera de mi lóbulo. Sin que haya terminado, siento invadirme un segundo orgasmo, haciéndose más fuertes los espasmos; vuelves a apretarme contra ti mientras sueltas suavemente mi oreja y puedo escuchar tu respiración agitada, cargada de ansia pero haciendo muestra de esa contención que tanto me encanta.

Si ya de por sí el primero ha sido una sorpresa, el segundo casi me desmaya. Son interminables los minutos hasta que mi respiración y mi cuerpo se tranquilizaron, esperaba que me permitieras servirte pero no estabas haciendo todo eso para complacerme, si no por tu propio deseo. Aprieto los párpados y me muerdo el labio inferior aguantando las ganas de girarme y devorar esa humedad que sé que estás reservando.

—Buenas noches, Ama... —Apenas tengo un hilo de voz pero sé que me has escuchado al sentir un poco más tu presión.

Cierro los ojos intentando ignorar tu aliento en mi nuca o mi piel erizada; no tardo mucho en sentir cómo tu respiración se acompasa y no puedo hacer más que rendirme al sueño sin borrar la sonrisa de mi cara.